

GANADORES PREMIOS LITERARIOS 2021
XXXII CERTAMEN VILLA DE ALMORADÍ,
XXVIII CERTAMEN ANTONIO SEQUEROS, Y
V CERTAMEN JUVENIL VILLA DE ALMORADÍ

Premio XXXII CERTAMEN LITERARIO Villa de Almoradí:

Título: METAMORFOSIS

Lema: ÁLVARO SIJÉ

Autor: ALFONSO SERGIO BARRAGÁN RINCÓN

Accésit XXXII CERTAMEN LITERARIO Villa de Almoradí:

Título: LA OFERTA

Lema: BERTOLDO

Autor: JUAN MOLINA GUERRA

Premio XXVIII CERTAMEN LITERARIO Antonio Sequeros:

Título: ESTALLIDO DE PÁJAROS

Lema: PÁJAROS AL VUELO

Autor: ÁLVARO GIMÉNEZ GARCÍA

Accésit XXVIII CERTAMEN LITERARIO Antonio Sequeros:

Título: LA ABUELA LOLI

Lema: ISABEL

Autor: JOSÉ ANTONIO LOZANO RODRÍGUEZ

Premio V CERTAMEN LITERARIO JUVENIL Villa de Almoradí

MODALIDAD BACHILLERATO:

Título: VIDAS OPUESTAS

Lema: FLORA ACKROYD

Autor: ÁLVARO MAILOT NÍGUEZ

Premio V CERTAMEN LITERARIO JUVENIL Villa de Almoradí

MODALIDAD 3º Y 4º DE EDUCACIÓN SECUNDARIA OBLIGATORIA:

Título: MENTIRA BLANCA

Lema: DAMA DE NEGRO

Autora: SOUMAYA BRAKA

Mentira blanca

Dama de negro

Me buscan, quieren matarme como él. Todo esto es por mi culpa. La policía vino hasta mi casa para interrogarme, yo les dije toda la verdad, o eso es lo que creen. Mentí.

Te contaré la verdad, yo, supongamos que me llamo Carlos, vivía con mis padres y mi hermana pequeña, en una diminuta casa al centro de Navarra. Mi padre era alcohólico, él y mi madre, una ama de casa, discutían todos los días. Él gastaba todo el dinero en alcohol en apuestas, era también un jugador (pésimo por cierto), se endeudaba y no pagaba el alquiler, así que nos echaron de casa, por suerte unas personas nos ayudaron.

Mi madre no podía más y pidió el divorcio, mi padre se enfadó y empezó a gritar, los vecinos llamaron a la policía y se lo llevaron, esa fue la última vez que lo vi.

Después del divorcio nos mudamos a un pueblo del norte de Barcelona, donde empezó mi madre a trabajar como limpiadora de casas, era muy duro para una mujer soltera y madre de dos hijos. Mientras ella trabajaba, yo cuidaba de mi hermana, limpiaba y cocinaba.

Cuando llegó septiembre, tenía que ir a la escuela, yo estudiaba en 2do de bachillerato, no conocía a nadie, yo era muy tímido, ni siquiera podía hablar con otros. Un chico de mi edad se me acercó y nos hicimos amigos, su nombre era Mike, era alto, rubio, con ojos negros, eramos muy diferentes, él tenía una familia unida, muchos amigos, era abierto con todo el mundo, incluso tenía muchos seguidores en las redes sociales y sacaba buenas notas, era perfecto, no le faltaba nada.

Yo pasaba buenos momentos con Mike, para mí era como un hermano. Pero cuando terminaban las clases volvía a mi miserable vida, recogía a mi hermana del colegio, preparaba la comida, lavaba los platos, ordenaba la casa, tendía la ropa... y me ponía a estudiar. Mucha presión. Esa tarde me llamó Mike para salir, le tuve que mentir y encontrar una excusa.

-Lo siento, tengo que estudiar, sino mi madre me mata- Le dije.

Algunas veces pensaba que hubiera sido mejor nacer en el cuerpo de Mike, guapo, alto, rico. Se convirtió en obsesión.

Cuando llegaron las vacaciones. Me quedé encerrado todo el día en casa, mientras Mike se fue de viaje. Él subía fotos en su cuenta de Instagram, se veía tan feliz montando a caballo, o en esa foto donde sale con su perro en la playa. Al ver esas imágenes me hacía lamentar aún más mi mala suerte.

Un día creé una cuenta falsa en Facebook con el nombre y la foto de Mike. Hablaba con mucha gente, me sentía más abierto, con más confianza. Como él.

Había una persona con el que pasaba horas y horas hablando se llamaba Eli, nosotros nos volvimos amigos, intercambiamos números de teléfono

Ella era muy guapa, me mandaba sus fotos, alta, pelo negro y largo, ojos grises y piel morena. Yo seguía sin decirle la verdad, tenía miedo de perderla y continué actuando como Mike, le mandaba las fotos de él.

Por suerte, Eli y yo nunca quedamos para vernos, ya que ella vivía muy lejos, en París.

Mentira blanca

Dama de negro

Cuando volvimos a clase, yo estaba feliz de volver a ver a Mike y contarle sobre Eli, solo de ella, nada más, pero faltó ese día.

Me pareció raro, él nunca faltaba, además no contestaba a mis mensajes, pero lo extraño es que Eli tampoco me contestó. Pasó una semana sin tener noticias sobre ellos dos.

No pude esperar más, fui a la casa de Mike parecía que estaba vacía, nadie me abrió la puerta. No tenía otra opción, rompí el cristal de la ventana y entré. Un fuerte olor me golpeó, di un par de pasos y me tropecé, caí al suelo, me giré y vi una gran masa tirada en el suelo. Un cuerpo de un chico alto y rubio, una inmensa cantidad de malos pensamientos dieron vueltas en mi cabeza. Era Mike, mi amigo Mike, sin pulso, sin vida, en el suelo.

No sabía qué hacer, llamar a la policía, cogí el móvil que tenía el cadáver, lo encendí y me encontré con un mensaje que estaba escribiendo Mike antes de morir y que no consiguió mandármelo por WhatsApp, decía :
"Corre Carlos, tienes que escapar, vienen a por nos-"

Instantáneamente, salí corriendo, casi inconsciente, mis pies me llevaron hasta la estación de policía, justo en ese instante me llegó un mensaje de Eli diciéndome :

"Hola Carlos. Cuánto tiempo ¿no? Vine a verte"

Con el mensaje venía también la foto de mi casa, una sensación fría y desagradable me recorrió la espalda. Recordé lo que me dijo Mike. Corre.

Le mentí a la policía, a mi madre y a mí mismo. Cambié de identidad y me fui, a un lugar lejano, nadie me encontrará allí.

Todo esto es mi culpa, al confiar en la supuesta Eli y mandarles las fotos de Mike, seguramente pensaron que él era una persona adinerada y fueron a robar y lo mataron, pero ¿no sería raro que Mike, estando muerto, seguía mandando mensajes por WhatsApp? Ahí es donde entra "Carlos", yo. Seguramente ahora saber porqué no rebelé mi verdadera identidad

Todo lo que te conté es la verdad historia ¿o no? ¿Acaso esto también es una mentira?

Vidas opuestas

Flora Ackroyd

Jorge se levantó súbitamente de la cama. Había tenido esa pesadilla otra vez. Era sábado por la mañana, así que no habría nadie en su casa: aprovecharía para usar su ordenador. Normalmente no podía por falta de tiempo, tenía muchas cosas que hacer. Se levantó, fue al baño y se puso a jugar sin siquiera desayunar. Le extrañó la ausencia de su hermano mayor, pero supuso que llegaría pronto. Después de un rato jugando e insultando a gente de Internet decidió dejarlo. Aburrido, sacó el móvil para ver Instagram.

Ver la vida de los demás no le gustaba, le deprimía un poco. Pasando de imagen en imagen, le llegó una petición de amistad de una cuenta desconocida. Era una chica de unos 17 años, según su descripción. La foto de perfil era de espaldas, mirando al mar, pero pese a lo poco que se veía, parecía una adolescente con el pelo largo y negro. Se planteó seriamente aceptar su solicitud: desde que Laura le dejó unos meses atrás se sentía deprimido, y conocer a alguien nuevo podría estimular un poco su vida. Pensó durante una milésima de segundo en los consejos de su padre sobre los extraños en Internet y de su peligrosidad, pero descartó la idea rápidamente. Por la foto parecía de su edad, era impensable que fuera un pervertido o algo peor. Decidió darle al botón sin pensar mucho más. ¿Qué le iba a pasar a él? Por primera vez reparó en su nombre: Ana.

Al levantarse miró la hora, eran las doce y media. Había malgastado casi toda su mañana, así que se dispuso a hacer algo productivo para sentirse mejor. Primero decidió ir a por algo de picar, le rugía el estómago. Apenas se había levantado de la silla cuando un pitido llegó desde su móvil. “No creo que sea ella”, pensó. Había aceptado su solicitud apenas unos minutos atrás, no creía que estuviese activa a esas horas un día así. Para su sorpresa, al mirar la pantalla de su dispositivo vio un mensaje de ella. Era un simple “Hola”. Era una forma muy básica para empezar una conversación, así que contestó con otro hola para que ella siguiera.

-Me llamo Ana.

-Yo soy Jorge –seguía sin dejar claras sus intenciones.

-Me ha gustado tu foto. Pareces un chico guapo.

¡Vaya, así de primeras! Jorge controló su emoción para responder de la forma más fría que le fue posible. No iba a dejarse engañar por algún amigo suyo o un bromista.

-Gracias. ¿A dónde quieres ir a parar?

-A ningún sitio, es que quiero conocer a gente. Quizá a algún chico... ¿Por qué lo preguntas?

-Me parecía una forma extraña de empezar a hablar con alguien que no conoces –dijo Jorge-. Cada vez la cosa le daba más mala espina. Recordó una vez más los consejos de su padre. Desde luego, no sería a él a quien engañarían.

- ¡Lo siento! No suelo hablar por redes sociales, así que no lo había pensado bien.

-Tranquila. Me gustaría decir que tú tampoco estás mal, pero...

-¿Quieres una foto mía? –dijo sobresaltada-

-Disculpa, no quería que te enfadaras.

-No, no pasa nada. No me gusta hacerme fotos. Soy muy fea.

-¡Tonterías! Seguro que no lo eres. Además, yo tampoco soy tan guapo.

Jorge se estaba divirtiendo. "¡Qué persona tan extraña!" pensó. Lo de la foto era sospechoso, pero su forma de escribir y de conectar ideas dejaba casi clara su edad. Aún sospechaba, pero decidió seguirle el juego. Si era una adolescente de verdad, interesada en él, sería su día de suerte.

-Bueno, está bien –contestó después de un rato. Acto seguido, se desconectó.

El chico miró otra vez la hora: ya era la una. Como Ana no volvía, dejó el móvil cargando y se fue a la cocina. Seguía sin haber nadie en su casa, pero eso le gustaba. Había aprendido a disfrutar de la soledad. Pensó en Laura, pero dejó pasar de largo el recuerdo. Cuando la conoció, ya saltaba a la vista que no era una persona muy cuerda, pero empezó a salir con ella por necesidad. En esa época era el aniversario de la muerte de su hermano, y necesitaba ayuda para no pensar en eso. Desde luego, estaba equivocado. Laura solo empeoró la situación. Era una inconsciente y una egoísta. Jorge sospechaba también que tenía alguna enfermedad mental, pero nunca se lo dijo a nadie por respeto. Tenía claro que acabar esa relación era lo mejor que podía haber pasado, pero aun así dejó un vacío en su vida. Es verdad que fue ella quien lo dejó, pero qué podrías esperar de una persona así.

Siguió hasta la nevera, pero dentro solo había unos tomates muy maduros y un poco de leche semidesnatada. Maldijo por lo bajo su suerte y fue hacia el sofá. Al lado, en una mesita, estaba enmarcada una foto de su hermano. Esos sí que eran recuerdos muy malos que quería dejar de lado. Después de ese incidente, no había sido el mismo. Lo pensó mejor, de pronto una loca idea asaltó su mente. Corrió a su habitación, cogió el móvil y entró al chat de Instagram. Ana aún no había contestado, así que esperó. Al cabo de un rato envió una foto en la que se veía una chica borrosa. No se distinguía bien la cara, la imagen estaba movida.

-¿Es esa la foto? –preguntó Jorge. No se veía nada, podía ser una foto robada o de Google. Lo que sí coincidía era el color del pelo: negro.

-Sí, no me he podido hacer una bien porque mi móvil va mal. Me la ha enviado una amiga.

-No pasa nada. Aunque no se vea mucho, seguro que eres muy guapa.

-Muchas gracias, Jorge. Por cierto, ¿de dónde eres?

-Soy de Alicante pero vivo en Valencia.

-¡Yo también vivo en Valencia! Podríamos quedar un día.

¿Quedar? Que persona tan extraña. Jorge empezó a plantearse su verdadera identidad: no mandaba una foto en la que se le viera, quería quedar con él... ¿Era una mujer tan siquiera?

-Yo creo que no nos conocemos casi nada, aún es pronto.

-Tienes razón. Te tengo que contar algo, estoy muy triste últimamente y mis amigas no me hablan casi. Quería conocer a alguien con quien pasar el tiempo, e incluso salir. Llevo viendo tu cuenta desde hace mucho tiempo y, aunque no subes nada, tu foto de perfil me encanta. Es como si te conociera de otra parte. Sueño muchas noches contigo y con conocerte. Podríamos ser pareja. ¿Tú, qué piensas?

Jorge se quedó en shock. Esa chica se le estaba declarando abiertamente. Lo que quería era quedar con él en la vida real. ¿Sería verdad? ¿Sería mentira? Decidió probar su suerte y seguir adelante con eso. Al volver a coger el móvil, su deseo era intentar algo con Ana. No tenía mucho que perder, y si ella ahora se lo pedía, menos aún.

-Podemos quedar este sábado si te apetece.

-¡Genial! Tenía miedo de que me dijeras que no, pero ahora estoy feliz. Espero que podamos llegar a algo.

-Yo también. Mañana hablamos sobre esto.

Alea jacta est. No le importaba lo que pasara, por fin había algo de esperanza en su vida, de una forma u otra.

Llegó el sábado, y salió hacia el lugar acordado andando. No había hablado con sus padres sobre eso, ¿qué tenían ellos que ver? Había quedado con Ana en una plaza a las afueras de la ciudad dentro de media hora, así que tenía que darse prisa para llegar a tiempo. Por el camino se fue planteando su futuro. ¿Llegaría a algo todo eso? No lo sabía. ¿Era Ana real? No lo podía saber. ¿Era muy pronto para hacer algo así? Sin duda. Se iba acercando al lugar de encuentro, y con él iban llegando las inseguridades. Intentó no pensar negativamente, pero le fue imposible. Le quedaban pocos metros hasta la plaza, pero se le hacían kilómetros. ¿Qué pensaría al verle? ¿Sería lo que imaginaba? ¿Tendría Ana la edad que decía? ¿Sería mujer?

Llegó a la plaza. No había mucha gente, era una zona muy solitaria. La había elegido él. También era bastante tarde. Él había elegido la hora. Pensó en Laura y se rio por dentro. De repente la vio: una chica joven, con el pelo largo y negro, bastante guapa. Había tenido suerte. Se acercó en silencio con una sonrisa en los labios. Ana sonreía; cuando lo viera, probablemente dejaría de hacerlo. Seguramente sería por la barba. A medida que se acercaba se hacía otra clase de preguntas. ¿Cómo se había enamorado de esa foto de un famoso que había sacado de Google? Había que ser muy tonto para no darse cuenta. ¿Por qué había accedido a quedar a esas horas en un sitio como ese? Desde luego, esa muchacha no pensaba con claridad. ¿Qué pensaría Laura al verlo ahora? Seguramente nada, se había acostumbrado a su estupidez. Aunque reconoció para sí que le sorprendió el día que lo denunció, decía que ya no era la misma persona. Al final no tenía la cabeza tan hueca. Es verdad que no había sido el mismo desde la muerte de su hermano, hacía 30 años. Desde ese momento, empezó a convivir con él. De cara a todo el mundo actuaba con normalidad, por lo que no le diagnosticaron ningún trastorno mental: craso error. Empezó a vivir solo pero acompañado, ya que a veces era su hermano y a veces él. En esa época conocieron a Laura. Qué pena que se fuera. Ahora no tenían más remedio que buscar a otra. Y la acababan de encontrar.

Ana esperaba impaciente a Jorge. La única persona por allí era un hombre mayor a lo lejos. Qué ganas tenía de conocer a ese chico del que se había enamorado. Pero al mirar otra vez a aquel hombre y ver que se acercaba, sintió un escalofrío por la espalda. Ojalá hubiera escuchado los consejos de sus padres sobre las redes sociales.

METAMORFOSIS

Ha tenido que suceder así, de esta manera, tantas cosas terribles, tantas irrecuperables, tanto para echar de menos, tantos hábitos eclipsados, tantas inhóspitas cifras, tanto miedo, tanto que extrañar y tanto perdido. Hasta mucho más tarde el no saber cómo suplir la falta de alguien que no volverá, cómo satisfacer los ojos de los niños, cómo esquivar la pérdida de un presente abocado a una sórdida indigencia...

Y ahora este atardecer. Estos días es como si viese por primera vez o renovado cuanto me rodea, como si el entorno hubiese sido remozado a toda prisa, como si unos mágicos tramoyistas encarasen a cada pronto un escenario distinto.

Me extasío ante la hermosa paleta de colores que se extiende frente a mí en la lejanía. El paroxismo de una polí-cromía como dejada caer adrede en el lienzo garzo del cielo para alebrestarme, para recordarme quizás que no siempre fui un invidente de lo hermoso, que simplemente he recuperado aquello que alguna vez -no recuerdo cuándo- debió de caerse de mis bolsillos.

Una franja deshinchada de un áureo anaranjado y violeta se acomoda junto a la pátina azul intenso respunteada de brillos que hoy presenta la mar. Detrás de mí, la silueta semicircular de la ciudad, y a la derecha, aferrado a ese otro extremo del horizonte, un lienzo punteado por los manchones oscurecidos del monte bajo. Y pienso que, a fin de cuentas, cuanto me rodea es, ciertamente, de lo más palmario. No, desde luego, para calificarlo como alguna maravilla del mundo, pero en este instante, así me lo parece. La verdad, es que me sabe raro abrir los ojos, incrementar la escala de detalles a percibir sin que formen parte de mi zona de confort. Porque todo esto, indudablemente, estará ahí, si no todos los días del año, sí los suficientes como para que sirvan de aliciente u ornato a cualquier necesitado minuto de contemplación. ¿Cuántas bondades de diferente índole habré dejado escapar en estos años? Detalles nada especiales o programáticos que, sin embargo, sirven para aderezar aunque solo sea un ápice ese transcurrir del tiempo que tantos como yo consumíamos mecánicamente, siempre de igual manera. ¿Alguna vez habré fijado la atención en algo diferente a estadísticas, estudios de mercado, producción... a una convivencia familiar estrictamente acomodaticia?

Esta actitud que luzco es novedosa. Y me siento raro. Hace un momento, mientras me agitaba en la efervescencia de la estupefacción, me taché de imbécil, de pobre hombre, de alucinado (no recuerdo haberme dedicado antes una sola palabra que no fuese de albricias o halago) al ser consciente del soliloquio que mantenía sobre un asunto tan banal, tan de pasar desapercibido. Inusitado. Yo, hablando solo. Que me aspen, si hasta hoy había entendido esa maniobra que tachaba propia de esquizofrénicos o neuróticos. Ahora, tras haberla puesto en práctica por mor de una enigmática e impremeditada volición, tengo que reconocer que hay momentos en los que me parecía que alguien o algo tangible, consistente, envolvente, e incluso pretencioso (un yo desdoblado quizás, un halo de mi esencia, un fragmento de espíritu, la diáspora de mi karma) se hacía eco de mi voz, de mis palabras, labrando, a pesar de su inmaterialidad, la impronta del consuelo de saberse escuchado e incluso comprendido.

Se me hace raro reconocer, que entre otras muchas cosas, estos días he comprendido el placer de darle tiempo a la mente a pensar, a recapacitar, dejar que rebobine sobre sí misma. Y reconozco que resulta terapéutico poder expresarse en voz alta, como si nuestro interlocutor fuese de carne hueso y atención, porque en realidad conversamos con nuestro otro yo, con uno que antes de reaccionar piensa, que se traga las aceitunas sin el hueso, que rumia, consueta y diserta. Ese alter-ego, polizón de nuestro subconsciente al que de vez en cuando hay que sacar de la sentina y poner al timón. Tarde he llegado a comprenderlo.

Me entretengo mirando el vuelo errático de las gaviotas, esos trazos caprichosos que surcan el cielo desde la cenefa del horizonte en la que empiezan a adherirse las sombras tiznándola de oscuro hasta sobrevolarme. Fijándome en sus fisonomías, me da por pensar si la intransigente belleza de este atardecer no les reportará un estado anímico parecido al que yo disfruto. Aunque desconozco si las gaviotas carecen de eso o si su instinto les permite una aproximación a aquello que las personas llamamos emociones.

Emociones. ¿Cuándo perdernos la espontaneidad, el idealismo? Me siento incapaz de ubicar esa difusa línea, jinete de entre años, cuando la madurez comienza a estabilizar neuronas y la experiencia (cuchillo siempre de dos filos) filetea

cualquier posible exabrupto susceptible de prodigarse y comenzamos a acobardarnos, a buscar sucedáneos, quizás porque intuimos que la vitalidad empieza a desvanecerse, como si el cuerpo prefiriese ocuparse en labrar arrugas, lentigos y estrías, escudos o justificaciones pretendidamente convincentes por aminorar nuestros pasos, que preferimos pensar cautos, no medrosos. Porque el transcurso de la edad distorsiona y a menudo apoca en demasía, dejándonos seducir por la prima de la seguridad y abandonamos cualquier riesgo, recortamos y entubamos el tránsito de aquellas aguas bravas apaciguándolas, pero a costa de limitar deleites, de aguantar más miedos y perder espontaneidad.

Trata a veces la madurez a la vida como si fuese tan solo un punto obscuro del que no pudiésemos apartar la mirada por miedo a despeñarnos y tantas veces así actuamos, perdiendo quizás algún tesoro que pudiera eventualmente haberse anunciado al final del arcoíris, desperdiçándolo en nombre de la prudencia o la desidia.

Ahora entiendo que para aparejar la nao que nos transporta por esa mar intrincada, plagada de arrecifes y corrientes, para que en galerna alguna quepa el arrastrarnos o incluso el avatar de alojarnos en el fondo, habría que vivir con los ojos curiosos y asombrados del niño, con la beligerancia de la juventud, sincerados en el caleidoscópico prisma que proporciona el altozano de la edad sobre las sienes, pero dejando bullir algo la sangre, entendiendo que aún nos queda volver a equivocarnos aunque duela, porque la vida es pérdida y dolor muchas veces, porque poco aprendemos cuando se gana y lo fácil conseguido fácil se suele olvidar, porque somos intrincados en esencia y salvo en la monotonía y la murria en pocos colchones más encontramos placentero dormir.

No tengo todavía muy claro por qué a estas alturas de la vida se me antojan esas tantas ideas cuyo contenido me hace estremecer. Yo, que reconozco haber navegado hasta hace poco en aguas superficiales (más bien fangosas, o al menos, enlodadas) me parece que deambulo ahora a medias entre la incoherencia y la fantasía, o quizás sea la embriaguez causada por este extraño sicótropo (este disímil tiempo que nos enfrenta a tantas cosas) a cuya ingesta no estoy acostumbrado, amargo purgante que nos obliga a tantos a abrir la boca tras removernos el estómago con esa danza de voladizos sentimientos difíciles de vomitar.

Parece, que mi genial otero es más conocido de lo que pensaba. Me extrañó encontrar un margen libre de viandantes cuando las personas pululan por doquier como buscando algunos metros cuadrados de intimidad imposible, en estos días en los que salimos como moscas que presienten el invierno, con la sola idea de volver a sentir el sol y el viento sobre la piel.

A mi alrededor han comenzado a fluctuar vestimentas de colores variados, la mayoría vivos o reflectantes, gestos acomodaticios con un no sé qué de indefinible, un algo alumbrado en el esbozo de un saludo indefectiblemente acompañado de esa sutil finta con aires de verónica para esquivar una proximidad vulnerable que no da *cornás*, pero que sobresalta o escuece.

Tampoco es que reconozca como nada nuevo esa esquivas social, ducha práctica afianzada hace tiempo en las urbes. Algunos, con muy poco tino, hablan de distancia o distanciamiento social, viejo asunto ese, cuando más bien nos sobran distanciamientos: por educación, por estatus, por racismo, por convicciones..., urbanitas de saluciones corteses en permanente rebaja y alguna palabra gratuita sobre el tiempo o la cortedad de cualquier impasse, dejadas caer al azar porque cada cual tiene su esfera, su rueda donde hilarse un traje más o menos a medida, y un posible problema próximo es jugar a los incordios, aunque nadie nos vaya a pedir solución ni aun, que nos impliquemos un mínimo.

No puede por tanto, esa distancia social (distancia física, quieren decir, pero el subconsciente suele recurrir a lo que mejor conoce) resultarnos extraña, conociendo como conocemos el juego de la esquivas, dadivoso en práctica y pericia, variantes de un mismo estribillo que deletreamos a la perfección, como esa música pegajosa que de tan repetida se nos queda porque resulta simple y fácil de reseguir, sin anotarnos esfuerzo ni sostener deje alguno, porque es cómoda de asumir y de asimilar aunque nos llene la cabeza de barbacoas o pepinillos en vinagre. Porque estamos habituados a oír cantos sordos como asimilamos tecnologías que ahora admiramos más y disculpamos su abuso porque nos enlazan al presente de otras vidas que queremos, que necesitamos (no cuenta pues, cuando tantas veces nos alejan incluso de quien tenemos al lado) y alabamos lo inalámbrico, más fácil que nunca subsanar efectos secundarios que sepultan el pensamiento, donde la reflexión es un inhóspito desierto, por lo que no vamos a mancharnos de arenas, mejor deslizar-

nos cuesta abajo arrastrando ese estribillo (por cierto, quizás las partituras clásicas carecen de ellos porque suelen rellenar vacíos con compendios).

Arribo a la bocana de la pina vereda para iniciar el descenso. Es un buen un trecho enrevesado de vegetación que se muestra algo embarrado por la lluvia de anoche. Intercambio saludos con una pareja con camisetas fosforescentes. La chica muestra una hermosa sonrisa, que si es el blasón de su vida, me habla de un carácter dulce y comprensivo. Él, lleva mascarilla, lo que me alegra, porque intuyo que debajo del embozo yacen unos labios caídos por los bordes, un rictus de desacomodo, de malhadada resignación, puesto que mientras que la muchacha tiende la vista hacia la privilegiada abertura del paisaje con aire de embeleso, él se entretiene mirando el barro que mancha algo sus flamantes zapatillas y atiende al reloj con pintas de desespero. Dudo un instante, lo miro directamente a los ojos pero me contengo tragándome las ganas de llamarle imbécil por permitir que el malhumor le estropee el momento. La persona a la que ama y un hermoso atardecer desperdiciado porque seguramente se le haya hecho incómoda la subida. Este debe ser un gilipollas de los míos, bueno, del yo de antes.

Me he entretenido más de lo pretendí en el paseo, incluso he transgredido el horario pautado. Las luces de las farolas arden atenuadas por la incompleta oscuridad, tachonadas por las sombras de los árboles caracterizando al parque de una singular apariencia. El cielo está cubriéndose de oscuros celajes que tamizan las últimas luminiscencia de la tarde, pero lejos de resultar incómodo o agorero, se enaltece entre la vegetación una sensación de recogimiento que me invita a detenerme bajo una exuberante jacaranda para disfrutar de ese paraje de película que se me antoja punto de encuentro de furtivos enamorados o incluso el morboso posible escenario de algún crimen. Pocos viandantes apuran el final del atardecer. Y yo echo de menos a una persona con la que debería haber compartido el paseo, con la que tantas cosas he dejado de compartir estos últimos años, ahora detenidos, estancados en un para siempre en el que jamás pensé...

Al adentrarme en la urbanización, mi corazón comienza a latir muy rápido y siento que me ahogan los recuerdos, que me asfixia el desasosiego, y apunto estoy de dar la vuelta, huir... ¿hacia dónde? ¿De qué? ¿De un malgastado pasado sin retorno?

Cojo de un parterre un manojillo de flores y las adrezo con algunas hierbas. No es que formen un ramo muy glamuroso, pero en este instante no se me ocurre otro homenaje a aquella persona a la que tanto y tan a menudo ignoré, quizás porque siempre estaba ahí para todo, para cuando la necesitaba, imagen de mujer que fui minimizando con los años, recubriendo con monotonías una relación que ahora entiendo languidecía y mustiaba por mi culpa, porque mis objetivos en la vida eran otros, objetivos que no eran nada, agua de borrajas, egocentrismo puro, vacío que rellenaba con vacíos.

Ella..., lo que dejé que desapareciese entre nosotros constituyó lo más sincero y valioso de mi vida, el camino seguro a ese tesoro que guarda el arcoíris que yo eclipsé con mi inconsciencia, con mi ceguera de conveniencia o mi permanente mala vista de abundantes dioptrías.

Me detengo. Un ligero vahído hace que la vista se me nuble un instante al ascender los escalones de la entrada del chalet. Miro la casa. Se me antoja enorme, fría, inhabitable, casi ominosa ahora que ella no está. Dejo el ramo de flores en el banco bajo el emparrado donde pasaba gran parte de su tiempo leyendo, quizás atesorando vidas y vivencias ajenas frente a la falta de las propias. Las lágrimas corren por mis mejillas mientras maldigo a ese maldito virus que me ha dañado con un tino y una crueldad infinitamente preeminente, despojándome de la compañera de mi vida para seguidamente hacerme comprender el inmenso valor de lo que he perdido, aunque en el fondo, soy consciente de lo fácil que es culpar a las circunstancias de nuestros propios errores, por lo que ni tan siquiera me queda ese arrojado consuelo que reconozco espurio y falsario.

Arrojo mesas y sillas por los aires sin parar de maldecir, intentando desubicar de mi mente la agorera idea de que el bicho no ha sido más que una injerencia de las que la vida prodiga, y que el verdadero culpable de tanta desesperación soy yo mismo. Nadie me ha obligado a vivir con los ojos cerrados. Y lo peor de todo, es que, en este momento, no sé si hubiese preferido seguir con ellos cerrados para siempre.

ÁLVARO SIJÉ

LA ABUELA LOLI

Lema: Isabel

Murió despacio, como si degustara ese estado último en el que las palabras ya no tienen sentido y quedan suspendidas en el aire, acompañada de su nieta como un lazarillo fiel que le tenía cogida la mano hasta que comprobó que su respiración se había apagado para siempre. No derramó ningún estertor sobre las sábanas ya arrugadas del día anterior, simplemente se apagó como la llama de una vela que ha consumido toda su cera, como una mariposa ya sin aceite, completamente en silencio, mirándolo todo alrededor a modo de despedida.

La abuela Loli era de cáñamo recién sacado de la balsa: dúctil para acomodarse a cualquier situación sin ningún esfuerzo y fuerte y resistente ante cualquier zarpazo de la vida. Igual lloraba de pena o de tristeza, como derramaba lágrimas de emoción y alegría ante el más insignificante de los hechos, ante el más mínimo de los detalles.

Su vida estuvo marcada por dos accidentes de circulación: el primero de ellos dejó parapléjico a uno de sus hijos, el segundo le arrancó de golpe a otro, con la trágica casualidad de haber observado por televisión, en una de esas primicias informativas, el camión ardiendo de su hijo en el más cruel de los directos de uno de los programas informativos que llenaban las tardes.

- Ese es mi Joaquín –apenas acertó a murmurar hasta que el envite imparable de la tristeza le llenó todos los poros y se le erizó el

vello de todo su cuerpo en un escalofrío que nunca antes había sentido.

Esa noche, en el tanatorio de Elche por los trámites del Juzgado de Guardia que tuvo que intervenir, fue fría y sin luna, una noche triste de octubre en la que el cielo era raso y el calor ya se había ido definitivamente de la Vega para dar paso a un otoño dócil, preludio del invierno suave por venir.

El día del entierro el sol estaba triste y apenas si asomó. Todo Rojales asistió al sepelio y la plaza de la iglesia se quedó pequeña para despedir el duelo, así es que hubo de cortarse la vieja carretera de Guardamar y se formó una larga cola de coches para acompañar al féretro hasta el vecino pueblo de Almoradí.

En la iglesia, entre los murmullos de incienso y el silencio de piedra de los presentes, sólo se escuchaba la respiración irregular y profunda de la abuela Loli, sus inacabables suspiros entrecortados, que cabalgaban por encima de las cabezas de los presentes a modo de epitafio, apagando las palabras sentidas del cura, su resignado silencio en los momentos cruciales de la misa, que le procuraban un poco de paz desde la inmensa fe que mantuvo durante toda su vida. Allí, delante de la caja que contenía el cuerpo inerte de su hijo, lloró con un llanto de asfalto toda la pena guardada de la noche anterior, en la que no paró de recibir y atender a todos los vecinos y amigos que se acercaban a expresar sus condolencias con una entereza poco común.

Cuando se ungió de cielo y del perfume tibio que las estrellas dejan detrás de los oídos, cuando al fin pudo escuchar la melodía repleta de vocales del coro, porque las lágrimas taponaban todos sus sentidos se sumió en un éxtasis de mirada extraviada que inspiraba aún más pena que los momentos

de llanto desgarrador. Allí decidió sin dudarle que el luto sería ya para siempre el color de su ropa, y así lo hizo mientras vivió, sin importarle lo que dijera la gente, sin dar ninguna explicación a nadie.

Todo el mundo la respetaba y la quería por su carácter dulce y cariñoso y por aceptar las cosas tal y como venían, sin darles demasiadas vueltas, sin poner excusas de cualquier tipo. Ni siquiera el día que hubo que enterrar a su hijo, en el que todos decidieron hacerlo en el cementerio de Almoradí, en el panteón de su mujer, en lugar de hacerlo en Rojales, tuvo palabras amargas para nadie y respetó esa decisión dura que pretendía protegerla para que no se fuera a “vivir” enfrente del nicho si podía acudir andando como sí ocurría en su pueblo.

Pero no siempre fue así su vida. De niña, la abuela Loli había sido feliz y presumida; de joven era guapa y alegre: apenas si acudió a la escuela, porque entonces todas las manos eran pocas para ayudar a superar la pobreza que había, pero pudo aprender a leer y las cuatro reglas que nunca olvidó y que le gustaba recordar ante cualquier problema de matemáticas que le enseñaban los nietos mientras hacían sus deberes en la mesa larga y siempre llena de fruta de la cocina. Así es que se tuvo que poner a aprender costura en un taller del pueblo y allí estuvo trabajando, contenta y satisfecha, cantando y contándose las intimidades con el resto de compañeras, hasta el día antes de su boda con un apuesto pero pequeño jornalero, que la estuvo rondando durante años hasta que por fin consiguió despertar su interés.

Conforme fueron llegando los hijos, además de las horas de costura de la noche para ahorrar algo en ropa arreglando a medida las prendas heredadas, tuvo que dedicarse a trabajar también en la huerta para ayudar con

su jornal a una casa cada vez más repleta de bocas y necesidades, como si criar a cuatro hijos varones no fuera ya suficiente trabajo para su cuerpo enjuto y diminuto que cada vez se hacía más fuerte y resistente. Las manos finas de hilvanes y puntadas de su juventud se volvieron secas y arrugadas, incapaces de dar otra cosa que no fueran suaves caricias de esparto; unas manos que tan pronto estaban prestas para coger limones o patatas nuevas, como para lavar restregando la ropa en la pila o hacer de comer, al amparo de la lumbre de la noche anterior, para toda la familia.

Otra cosa distinta eran los fines de semana en los que la alegría y el júbilo se instalaban en la casa y la paella de arroz con conejo y caracoles al fuego de las ramas de limonero, o el cocido con pezuña de cerdo y pelotas, inundaban la casa de un aroma sencillamente delicioso y acogedor. Allí solía venir su hermana con sus sobrinos y era normal que se acabara la comida y la tarde con música y baile al amparo de unas botellas de sidra que las “mareaban” un poco. Y allí lo celebraban todo, como si la vida los hubiera tratado generosamente, como si juntos tuvieran todo lo que necesitaban por la sencilla razón de que así lo parecía.

Junto con su hermana pequeña ponían el cassette previamente elegido y no hacía falta nada más. Todo era sonar la música y sus piernas de alambre comenzaban a moverse siguiendo el compás. Le daba igual lo que sonara, lo mismo un pasodoble ligero que un twist de añoranza o una canción moderna... Todas las bailaba sin dudarle, sola o acompañada, lo mismo del brazo de su esposo, como del de su hermana, que siempre la seguía en todas las canciones. Eran momentos en los que se olvidaba del luto y sus ojos parecían

libres y felices por un momento, justo antes de que se apagaran las luces y todo volviera a su normalidad de tristeza.

El hecho de que su único hijo casado se trasladara a vivir a Almoradí hizo que tuviera a este pueblo como su segunda casa. Allí asistía sin falta a todos los eventos que la familia de su consuegra celebraba en “La Cañamera” o en el “Salón Pascual”. Incluso el hecho de que su nieta mayor se casara con un joven de El Saladar, la hicieron más asidua a esta población, donde acudía a la casa de la huerta para celebrar cualquier bautizo o cumpleaños de los bisnietos que ya empezaban a acrecentar la familia. Y así pasaban sus días, entre la alegría y la pesadumbre.

El día de su jubilación fue un momento muy especial que siempre llevaría prendido en su piel de almendra: los hijos le habían reservado una mesa en “Casa Antonio” y, por segunda vez en su vida, de nuevo tuvo un ramo de rosas entre sus brazos. Envuelta en un vestido negro de pedrería con volante de organdí, estaba aturdida y sonrojada de ser el centro de atención de todo el evento y se agarraba a las flores como si llevara a un recién nacido entre sus brazos ya maduros y llenos de arrugas. La emoción del momento de nuevo pudo con ella y no logró evitar las lágrimas de alegría entre los aplausos y el alboroto de la fiesta, donde sus hijos y nietos no paraban de preguntarle cómo se sentía, a lo que ella respondía con unos ojos a juego con las piedras del vestido y una incipiente sonrisa con matices de tristeza:

- Me falta mi Joaquín sólo. Lo demás lo tengo todo.

Y a fe cierta que no se equivocaba.

LA OFERTA

Néstor Zárate ha salido de la oficina y se dirige a su casa. Hoy viernes es un día crucial en su vida. Por fin le ha llegado la oferta. Han sido unas semanas de rumores incesantes, más o menos fundados.

La empresa había presentado un Expediente de Regulación de Empleo y se iba a desprender de 1.200 trabajadores por diversas vías legales. Los más enterados le habían filtrado que él se encontraba en la lista de prejubilables. Pero Néstor Zárate, fiel a su espartana idea de la vida y a su política de hechos consumados, no se conmovió con la noticia, “mientras no sea oficial”, decía. Y eso a pesar de que, al cabo de los días, no dejó de recibir felicitaciones de sus compañeros, que veían la prejubilación como un regalo bendito, y envidiaban en secreto su suerte.

Lleva la oferta impresa guardada en una carpeta azul bajo el brazo. De alguna ventana indeterminada escapan las notas de una canción que le resulta familiar. Aguza el oído y distingue los acordes de *Ata una cinta amarilla en el viejo roble*. Al ritmo alegre de la melodía se une la remembranza de los buenos tiempos, cuando recorría con Estela los litorales y visitaban las vetustas ciudades de la Ruta de la Plata.

Hoy vuelvo al fin, vuelvo a mi hogar, canta una voz femenina, y Néstor asocia la idea del regreso con la encrucijada de caminos en que se encuentra inmerso, merced a una hoja de cálculo donde se desgranar de forma prolija las condiciones de su desvinculación laboral en la empresa en la que lleva trabajando casi treinta años de forma ininterrumpida.

Debiera estar contento. Todo invita al optimismo: La carta en su poder, las felicitaciones de sus compañeros, esa música evocadora que se empeña en acompañarlo, la perspectiva de un futuro inmediato donde cabe la dicha y acaso la realización – a pesar de la tía Benedicta- de los proyectos que siempre se van aparcando y nunca se encuentra el día de llevarlos a su culminación.

Ahora podrá viajar con Estela hasta Isfahán. Le comprará una alfombra persa auténtica, sin reparar en gastos. Sí, debiera estar contento, pero una nube de tristeza le ensombrece el alma. Hay un ancla de melancolía incrustada en su corazón, un ánora de pesadumbre que impide que navegue la nave de sus sueños.

Tú ya sabes qué has de hacer si piensas en mí, dice la canción que lo acompaña. Cuando entra en su casa, Estela está en la cocina preparando el almuerzo. Néstor la mira a los ojos con una sonrisa. Ella intuye el origen de la mueca, el brillo delator en la mirada de su marido.

Ha llegado la carta, dice Estela, y Néstor es incapaz de precisar si es una pregunta o una afirmación, pues, en seguida, su esposa le dice: Yo creo que no debes prejubilarte. Y él siente la conmoción, el zarandeo interior, el ancla encallada en el fondo y la maroma tensa; siente los nubarrones apretujados, arracimándose por momentos como una formidable bandada de estorninos, virando del gris predecible al negro insospechado. No puede evitar que la letra de la canción cruce su mente. Volver al hogar, piensa, al maldito hogar. Pero no dice nada. Sólo da media vuelta y se sienta en el salón.

La tía Benedicta lo mira con los ojos desmesurados de miope, desde el pasmo de su mundo imposible. Él la saluda y luego mira al suelo y ve la alfombra impostora, la alfombra de Amberes con su trama sintética, sus colores terrosos y sus dibujos geométricos. Y ve al vendedor de alfombras llamando al timbre de su puerta un mediodía de domingo. Cualquiera día es bueno para sobrevivir. Ve la delgadez del hombre, su tez bruna, su barba entrecana, su pelo crespo.

Auténtica alfombra persa, *paísa*, tú compra.

Ve el rollo descomunal sobre la arquitectura quebradiza del hombro, su fortaleza inconcebible. Se ve a sí mismo palpando la textura del producto y descubriendo en un extremo la etiqueta blanca y el código de barras, el *made in Belgium* que atestigua su origen, y entonces mira los pómulos prominentes del hombre y ve la cordillera del Atlas, los rebajos de cabras y el desierto calcinante. Cómprala, le había dicho Estela, y él no tuvo dudas de que debía comenzar el regateo.

A todo esto, *Rulfo* se ha levantado de su mullido colchón y se acerca hasta él. Agita la cola y lo mira impasible. Sus ojos translúcidos son dos perlas de agua. Néstor le acaricia la testuz. El sol de la incipiente tarde arranca destellos luminosos de su negro pelaje. El tacto sedoso invita a la caricia, y la mano cariñosa baja lenta desde el cuello hasta el lomo del animal, que ha metido el hocico entre las piernas del hombre prejubilable, del hombre ensimismado, y le olisquea con insistencia el sexo. Ahora la mano ha prendido el collar de *Rulfo* y tira hacia atrás sin convicción. Es un gesto mecánico, apenas consciente por lo que tiene de repetido, de habitual, de familiaridad cotidiana, pues la mente de Néstor Zárate está dividida entre la cocina, donde Estela zozobra en un mar de tallarines y rizadas escarolas y la reunión del pasado martes en la capital, donde el psicólogo de la empresa redujo a pura estadística el origen de su aflicción:

“Descontando las personas –dijo- que durante este período contraen una enfermedad grave o fallecen, un pequeño porcentaje se separan de sus parejas al poco tiempo de prejubilarse; de un 5 a un 10 por ciento manifiesta llevarlo mal; otro tanto opina que les resulta indiferente su nueva situación; el resto reporta que están encantados con la desvinculación laboral y enfrentan con optimismo un futuro que confían halagüeño.

¿En qué grupo se encontraba él? Era la pregunta del millón, la cuestión indesvelada que sólo el tiempo podría responder. *Tú ya sabes qué has de hacer si piensas en mí*, decía la letra de la canción. ¿Lo sabía, también, Estela? ¿Sabía ella lo que había de hacer?

Rulfo seguía intentando olisquearle. La mano automática seguía tirando hacia atrás, prendida del collar de cuero. La tía Benedicta, somnolienta, se mortificaba inútilmente tratando de recuperar su mundo preterido, el pasado ilusorio en el que vivía instalada desde que el desahucio dio al traste con sus expectativas.

De repente, el clarín de la realidad doméstica tronó, prosaico y estridente:

¡Tita, Néstor, la comida!

Ahora *Rulfo* por fin reculaba, ante el brinco súbito que arrancó de sus asientos al hombre prejubilable y a la anciana soltera. Ambos se dirigieron a la cocina, la tía Benedicta con la embajada de sus brazos tanteando en la niebla de su avanzada miopía, y Néstor tarareando la canción que, desde que salió de la oficina, se había instalado en su cerebro y había colonizado las sinapsis de sus neuronas.

La comida se ha convertido en un funeral. Nadie habla de descorchar el champán que, desde hace días, aguarda en la nevera. La tía Benedicta mantiene una pelea denodada con los tallarines. Estela arremete compulsiva contra la escarola, que mengua rápidamente por el flanco derecho. Néstor apenas osa levantar la vista del ovillo de pasta, ese laberinto de ramificaciones bermejas que se le antoja un remedo de su estado de ánimo. Mientras trata de enrollar en el tenedor las estrechas tiras sin ningún convencimiento, piensa en la medina de Isfahán, el bazar iraní anclado en el medievo, las alfombras *yazd* de lana, fabricadas a mano con más de trescientos cincuenta mil nudos por metro cuadrado, un capricho de Estela que él estaba dispuesto a concederle. Se lo había prometido tantas veces. Pero ella se lo ha dicho rotunda. No debes jubilarte, le ha dicho, de modo que él sólo puede ver robles ahora. Robles circundados de cintas amarillas, inmensos robledales verdecidos y dorados. No una ni dos, ni siquiera una cifra de dos dígitos. *Cien cintas amarillas en el roble vi*, concluye la canción, un *happy end* como dios manda, el colofón inevitable de una historia de amor.

Néstor deglute por fin su primer bocado, el rastro acerbo de la desolación. La miel que anhelaba se ha tornado acíbar. ¡Cuánto poder encierran las palabras! ¡Cuánta elocuencia una mirada! ¿Quién pondrá una cinta amarilla en su vida?

El hombre prejubilable es consciente de que debe flagelarse cuanto antes, así que abandona la cocina obviando la escarola y la naranja. Se enfunda el chándal y se calza las zapatillas y sale a la calle a todo correr. Es su método preferido para ahuyentar los fantasmas: Castigar el cuerpo para amordazar el espíritu, concentrar la atención en el ritmo, uno dos, la respiración sincronizada, el torso enhiesto, sobre todo evitar el puñal del pensamiento, ese atajo al dolor.

Al cabo de seis kilómetros se da cuenta de que todo el camino ha estado tarareando la melodía de la canción, el estribillo persistente que es una epifanía, un afilado estilite clavado en la entraña de su aflicción. *Cien cintas amarillas vi...*

De noche, tras una cena aderezada de largos silencios y monosílabos como punzantes carámbanos, con la tía Benedicta en la cama, y la casa habitada de un inestable sosiego, Estela se tiende en el sofá y sintoniza el canal científico. Néstor apuesta por Salinger, pero, en vez de aislarse en el salón, se sienta a leer al lado de su esposa. Ya sabe que firmará la oferta, lo tiene plenamente decidido. Todos sus compañeros han firmado ya. Trescientas personas no pueden estar equivocadas. Abre el libro y lee la dedicatoria. *A Dorothy Olding*. ¿Quién es Dorothy Olding? ¿Podría él, algún día, dedicarle un libro a Estela? Ahora que se va a prejubilar tendrá tiempo de sobra para escribir. *A Estela Giner, por sus cintas amarillas*. Sonríe. Por primera vez desde el almuerzo ha sonreído. Comienza a sentirse de mejor humor. Los doce kilómetros recorridos han hecho efecto en su ánimo. Tal vez la jornada no esté aún perdida, se dice. *Un día perfecto para el pez plátano*.

Néstor trata de imaginarse a noventa y siete agentes de publicidad neoyorquinos deambulando por un hotel cuando siente la mano de su esposa prendida a su muñeca.

¿Has oído?

Levanta la vista del libro y mira la pantalla del televisor. Hace como que escucha. “Un estudio inglés publicado en 2004 en la revista *British Medical Journal* informa que seis perros lograron detectar cáncer de vejiga oliendo la orina de pacientes”.

Parece interesante, concede Néstor, que pone cara de estar por la labor, aunque, en realidad lo que desea es volver con la chica del 507, que espera su llamada telefónica de larga distancia mientras lava su peine y su cepillo y quita una mancha de la falda de su traje beige. Pero Estela no le suelta la muñeca.

Escucha, vuelve a decirle ella, reclamando su total atención. Néstor fija la mirada en la televisión. El oncólogo de la pantalla parece cariacontecido por la avalancha de datos que aporta el entrevistador. “Según un estudio realizado en Estados Unidos por la *Fundación Pine Street* de California, tres labradores y dos portugueses de agua detectan melanomas malignos con el olfato, alcanzando un grado de acierto del 88 por ciento”.

Estela parece realmente entusiasmada con el programa. Por fin le ha soltado la muñeca. ¿Tú crees que *Rulfo*? Néstor mira al sharpei chino hecho un ovillo sobre el colchón. Ahora tiene dudas acerca del pez banana. Estela parece receptiva. Quizá sea una buena idea parecer interesado en el documental.

“Perros detectan cáncer oliendo a pacientes”, reza la transparencia de la pantalla. Así que cierra el libro de forma ostensible. Salinger sabrá comprenderlo. Es Estela o el dolor.

Ya en la cama, Néstor se debate en un océano de emociones. Piensa en el cansancio deleitoso, en la oferta indeclinable, en el no de la víspera como tajo de machete. Piensa en la alfombra persa, en la cinta amarilla, en el tibio cuerpo de Estela que respira acompasada de espaldas a él. Le acerca el pie y ella retira el suyo. Es la prueba del nueve, la respuesta indubitable. Vuelven los heraldos negros, los pájaros oscuros de la tarde, y entonces se dice a sí mismo que está cansado, que mejor será dormir.

En medio de la noche se oye silbar el viento. Un silbido lúgubre que atraviesa las paredes. De golpe, un portazo seco, una herida de estruendo en el sopor de las sombras.

¿Qué has sido eso?, pregunta Estela sobresaltada.

Es sólo una ventana mal cerrada, duérmete, le dice Néstor.

Pero el viento de Levante persiste en su silbido. Y entonces ella presta atención levantando la cabeza de la almohada. Escucha, dice. Y él hace otro tanto. Y ambos escuchan el gemido lastimero de *Rulfo*, su llanto de bebé temeroso.

Estela se levanta de un brinco. Siente un apego especial por el perro. Tarda en volver a la cama.

Está inquieto, parece asustado, le informa ella cuando regresa. Néstor mira los dígitos fosforescentes del reloj-despertador. Son las 3 y 27 de la noche. Ahora Estela está desvelada. Quizá si lo intenta. Pero no. Mejor desechar la idea. Porque de nuevo se oye el llanto de *Rulfo* junto a la puerta cerrada del pasillo.

Estela vuelve a levantarse. Néstor intuye que algo extraordinario le ocurre al animal. No lo recordaba así desde el día en que falleció la madre de Estela y el noble can se ovilló bajo la cama de la enferma y la acompañó hasta su despedida.

Extrañas ideas le cruzan la mente, sombras informes y cambiantes, como la danza que componen en el crepúsculo de la tarde los estorninos de mayo. Siente un estremecimiento, pero ya la vigilia atormentada va dejando paso al sueño convulso. Cuando despierta, tiene la sensación de que no ha descansado. Estela duerme, y él procura no hacer ruido al levantarse.

Mientras avanza por el pasillo oye el trasiego de la tía Benedicta, de suyo madrugadora, y la imagina limpiando un polvo inexistente sobre el perfil del aire. En el zaguán, lo espera el perro, que lo recibe con su cola oscilante. Néstor abre la puerta de la calle y chasquea los dedos. Vamos, *Rulfo*, le dice, y ambos suben las escaleras.

En la azotea, el hombre prejubilable palpa la ropa tendida y se dispone a recogerla. Su pensamiento está colonizado por una idea recurrente. El lunes firmará la oferta, le pese a quien le pese. Con las manos en alto afanadas en el tendedero y la mente anegada de cifras y proyectos, apenas es consciente de que *Rulfo* no cesa de olisquearle la entrepierna.

Seudónimo: “Bertoldo”

Estallido de pájaros

(Historia de una bala perdida)

Pseudónimo: Pájaros al vuelo

1. El hombre que vivía detrás del mostrador

¿Cuántas veces habré pasado bajo la sombra de estos árboles? ¿Cuántos días me habrán ensordecido los gorriones que los llenan como si fueran las abejas de una colmena? Nunca serán bastantes. Por muchos días que pase en dirección al Casino para abrir mi estanco, siempre me parece la primera vez y siempre me quedó embobado mirando para arriba, parado en el medio del Paseo como si me hubiera metido yo también entre las ramas de estos árboles que ya tienen casi tantos años como yo.

Mi mujer siempre me llama la atención por ese momento de “atontamiento” (así lo denomina ella) que tengo todos los días. *¿Qué haces ahí parao como un pasmao? ¿Acaso no has visto nunca el Paseo de tu pueblo? ¡Qué vejez me espera, Señor! El Cristo de las Campanas me ampare...*

Yo no le hago caso y, como un perrillo, agacho la cabeza al pasar delante de ella para llegar rápido al estanco. Podría decirle que me gusta tener ese momento de paz y respirar el aire fresco y puro de la mañana, antes de ponerme a vender humo en cada uno de los paquetes de tabaco, pero me avergüenza confesarle estas intimidades. Así que levanto la persiana, abro las puertas del estanco y me refugio tras el mostrador. Ella, enérgica, empieza a trajinar, desperezando, con ágiles y secos golpes del *espolsador*, el poco polvo que durante la noche haya reposado en las estanterías repletas por filas enteras de cajetillas de **Marlboro**, **Wiston**, **Fortuna** o **Ducados**. Mientras, saluda a quienes pasan por la calle con prisas o paseando tranquilamente y farfulla todo tipo de comentarios que no alcanzo a entender o que simplemente ignoro. Mi tarea es estar dentro, tras el mostrador y despachar. El parloteo incesante, como el cantar continuo de los pájaros del Paseo, se lo dejo a ella. El papel que cada uno desempeña en este estanco está muy claro desde que hace ya treinta años levantamos la persiana por primera vez. Eran otros tiempos, allá por los años cincuenta, pero nunca, a pesar de lo que ha cambiado la vida, la gente, la política, nunca hemos modificado nuestro comportamiento. Ahora, en estos años ochenta de tanta modernidad, seguimos con una rutina que día a día se repite religiosamente.

Así, lo primero que ocurre, como ya he dicho antes, es la limpieza general de mi mujer. Especialmente irritante para mí es el momento en el que se pone a fregar la puerta del estanco. Costumbre, seguramente, heredada de cuando las calles eran de tierra y había que

humedecerlas para evitar que se levantase polvo, ella sigue *arrugando* con el mismo empeño la calle, a pesar de que ya hace más de un año que el Ayuntamiento adquirió una máquina que las limpia todos los días. *Esa máquina no limpia. Remueve la basura y deja unas gotujas de agua que no aguantan ná* – dice, mientras esparce rítmica y mecánicamente el agua del cubo por toda la puerta. Con esa música inicio desde hace treinta años mi jornada en el estanco.

El sonsonete del agua lo adereza la llegada de Andrés. Podría hablar de otros clientes, pero no hay ninguno como Andrés. Desde que cumplió los dieciocho años, algo que sucedió hace casi doce, Andrés viene todas las mañanas a comprar su cajetilla de tabaco. *Un paquete de ducados, de los blancos* – me dice. Lo importante del tema es que Andrés no fuma, ni nunca lo ha hecho. Andrés compra el tabaco para su madre, Angelita. Pero eso nadie lo sabe, menos mi mujer y yo. Angelita lleva fumando desde que con apenas 40 años perdió a su marido en un accidente en la huerta. Al parecer, tuvo un golpe de calor una mala mañana de agosto y se desplomó con la desgracia de caer en una acequia preñada por la tanda para regar. Las malas lenguas hablan de otras causas más frugales, como que volvía de casas poco respetables y en estado poco recomendable, pero el caso es que Angelita, tras esa desgracia, cambió. Se convirtió en una sombra que solo se adivinaba tras las persianas de su casa y su hijo era su único contacto con la calle. *¡Qué barra tiene esa mujer!* - dice, indignada mi mujer, cuando Andrés (que, como todos los días, saca un cigarrillo de la cajetilla y se lo pone entre los labios para que pensemos que es él quien fuma) se aleja, despidiéndose amablemente de los dos. *Mandar al chiquillo todos los santos días para comprarle el vicio. A esa le daba yo otro tabaco: trabajo de sol a sol. Así nos va...*

La marcha de Andrés da paso a un abanico de clientes de los más variado. Poco después de él, por ejemplo, aparece Juan, el joyero. Juan es de Cartagena, pero lleva en el pueblo casi tantos años como mi estanco. Regenta, bajo el nombre de Mendoza, la joyería que da distinción a esta parte de la calle. Pero, como él me dice, donde más le gusta estar es de casa en casa vendiendo joyas a plazos a mujeres que no tienen costumbre de acercarse a una joyería para comprarse el oro o la plata. *La tienda* – me dice mientras se abre el paquete de Fortuna y se enciende un cigarrillo – *es para mi hijo. Acabará quedándose él y haciéndose de este pueblo, sobre todo ahora que se habla con una chica. Ese ya no vuelve para Cartagena. En fin...ya sabes lo que tiran las mujeres.*

Yo cabeceo en señal de aprobación, mientras miro a mi Carmen, que en la puerta del estanco alterna con unos y con otros, y recuerdo cómo también ella me trajo para el pueblo desde la huerta. Yo hubiese vivido toda la vida allí, igual que quería hacer mi hermano el *Jacinto*. Pero al final, a los dos, nos pudo el ímpetu de nuestras mujeres... eso y mi accidente. Ya hace tantos años que apenas me acuerdo. Si no hubiera sido por el estanco no sé qué hubiera sido de nosotros. ¡Qué malos años pasamos...!

Juan apaga a medias el cigarrillo y se aleja para abrir la joyería. La mañana se va llenando de conversaciones y de vecinos que entran y salen del estanco, mientras yo sigo apostado tras el mostrador, a la espera de que sobre las doce lleguen del colegio mis nietos y nos los llevemos a casa para darles la comida. Un poco antes, sobre las once y media llega un visitante que también nos suele frecuentar. Se trata de Jaime, el municipal. Seguramente, por este nombre no sepan quién es, pero por su apodo seguro que lo sitúan. Para todos, Jaime es *Jaimón*, mote bastante irónico y que el policía conoce de sobra, pero que nadie se atreve a mentar en su presencia. Jaime lleva toda la vida de municipal o, al menos, toda la vida que se extiende desde que yo tengo este estanco frente al Casino. No fuma, pero su estancia en nuestro estanco se produce casi a diario. Habla sin parar, tanto que, incluso cansa a mi mujer. Nos cuenta los últimos "delitos" que ha tenido que acometer: *ayer tuve que separar a dos vecinos por los pozales de basura que sacaban a la puerta* – dice con seriedad profesional fingida, mientras se ajusta el cinturón donde lleva la pistola-. *Uno se quejaba de que se lo ponía muy cerca y no podía tomar el fresco con ese olor a comida podrida. El otro, le decía que lo ponía en su puerta y que si no podía tomar el fresco que se metiese en su casa y se pusiese el ventilador. Al final, se fueron calentando y que si tú eres tonto, pues tú más y como vaya pa allá verás, pues ven que te espero...vamos que al final tuvimos que ir Paco y yo y separarlos bajo amenaza de detención. Bueno , cosas que pasan...-* sentencia con una amplia sonrisa. Sin embargo, ese no es el final de la conversación. A pesar de mi cara de poco interés, Jaime se dispone a contar otra batallita. Pero, inesperadamente, algo lo detiene. Es un grito (*¿¿al ladrón??*) al que le sigue un ruido que mi mujer reconoce rápidamente: *¡la alarma de la joyería!* Jaime sale corriendo y yo lo sigo pensando, únicamente, que falta poco para que mis nietos lleguen del colegio...

2. El hombre preparado para esquivar el estallido

¿Cuántas veces habré oído a los pájaros abandonar en estampida los árboles del Paseo? ¿Cuántas veces los habré visto salir en bandada, asustados por el estallido de una traca? Son tantas que es difícil recordar alguna en concreto. Como el paso de los días, se me amontonan en una suerte de recuerdos que son muchos y uno a la misma vez.

Sin embargo, será difícil que olvide la de hoy. El ruido no ha sido ensordecedor como el que provoca un cohete festivo y rampante. Ha sido seco, escueto y ha ido acompañado por un silbido que yo únicamente había oído en películas del oeste, cuando una bala atravesaba un vasto y árido páramo para llegar al cuerpo del malo de la historia (no podía ser otro el que la recibiese) y abatirlo contra el polvo del desierto. El silbido lo he sentido tan cerca que todavía no entiendo cómo he podido esquivarlo, qué ha hecho que me moviese, que hiciera un escorzo que yo mismo desconocía que podía llegar a hacer. Desde el suelo, he mirado hacia atrás y he visto a Jesús, con el que, apenas instantes antes, hablaba dentro del estanco. Él, como siempre, se encontraba detrás del mostrador y yo le hablaba de esto y de aquello, de la huerta y de la falta de lluvia, de cómo han cambiado los tiempos y de lo grande que el pueblo se está haciendo. Él permanecía callado, cabeceando mecánicamente. Pero todo lo ha interrumpido el ruido que ha provocado la estampida de los pájaros del Paseo y que Jesús quede con la mirada perdida contra el suelo, como el malo de las películas del oeste, esperando que alguien le ayude a encajar el dolor que provoca una bala perdida.

3. La historia que nunca se escribió y que ¿sucedió?

A veces la memoria es como un *grafiti* callejero. Puedes pasarte días, semanas o meses viéndolo grabado en la pared de enfrente de tu casa, pero cuando alguien decide borrarlo y desaparece, se empieza a difuminar en tu mente y, en apenas unas semanas, te costará recordar qué trazos lo configuraban.

Así me ha pasado con la historia del atraco a la Joyería Mendoza, que ocurrió en mi pueblo cuando apenas contaba con diez u once años. En el momento en que sucedió, recuerdo el extraordinario impacto que causó en toda la población. Seguramente, era la primera vez que todos vivíamos un atraco en nuestras calles, pero lo que dejó a todos en *shock* fue que hubiera un disparo y que, además, impactase, desafortunada y azarosamente en

Jesús, habitante perenne del mostrador del estanco, parapeto que, irónicamente, no abandonaba en momento alguno. El fragor de la gente aquella mañana y la alarma de la joyería lo sacaron del único sitio que le hubiese salvado de recibir un balazo en la cabeza.

Con el paso de los años, siempre he recordado este episodio como uno de los que marcó mi infancia. No ocurrían grandes acontecimientos en un pueblo de la huerta del Segura de apenas diez mil habitantes. Por ello, aquel atraco nos tuvo conmocionados los días y semanas siguientes. Sin embargo, cuando ya han pasado más de treinta años y he vuelto sobre este asunto, apenas nadie recuerda nada. Mi madre duda incluso que ocurriese y no es capaz de recordar, incluso, la existencia del estanco en su ubicación de la Calle Tomás Capdepón. La sensación es la misma en las personas de mi edad. Muchas de ellas no recuerdan nada de nada y otras creen que me lo he inventado para escribir otro relato más.

Es tal la amnesia colectiva que yo mismo empiezo a dudar de que ocurriese y de que yo mismo pasase por el lugar de los hechos y viese a la Guardia Civil llevándose a uno de los atacadores (¿o eran dos?). Incluso me chirría que el municipal hiciera un gesto para esquivar la bala perdida (¿cómo iba a ver venir una bala y conseguir quitarse de su trayectoria?).

Son tantas las dudas, que he tenido que bucear mucho en mi memoria para cerciorarme de que algo ocurrió de verdad. Es allí, en el fondo de mis recuerdos, cuando, meses después del atraco, veo a una persona, que coincide en sus rasgos con Jesús, apostado en un banco del Paseo. Lo reconozco por su pelo cano, su mirada seria, similar a la de su hermano Antonio el Jacinto, y una cicatriz que marca todo el lateral izquierdo. Podría decir que es la cicatriz la que me asegura que es él y la que me certifica que el atraco y la bala perdida existieron. Pero, sin embargo, es su mirada hacia arriba, hacia los árboles que habitan decenas de pájaros, la que me da la seguridad de que, un día, allí, hubo un estallido de pájaros.